

SOY GOLOSO

Adorada mía:

Estoy seguro que ya me conoces lo suficiente para entender lo que te voy a decir a continuación. Sabes mejor que nadie que tus ojos siempre me han fascinado, que podría pasarme horas enteras acariciándote, pasando tus cabellos entre mis dedos, besando tus huecos. Quizás no sepas tan bien como yo el deseo que me produce tu cuerpo, aún ahora que tenemos veinte años de casados; un deseo que impide que sienta mis palpitaciones o el calor de mi piel; en ese momento dejo de ver, de oír, de sentir; soy incapaz del mínimo pensamiento. Desaparecen mis recuerdos, mis dolores; lo único importante es apropiarme de ti, de penetrar en ti, de ser parte de ti, de ser tuyo. Hermosa palabra, tuyo. Tú y yo unidos. Y así unidos hemos vivido hasta el día de hoy.

Hoy tuve la sospecha que me engañas, que amas a otro. Es posible que esté equivocado. El dolor es muy intenso. Por eso voy a hacer contigo lo que jamás pensé y menos soñé. Mi vicio, que tanto me has reprochado, es la gula. Siempre te he dado la razón en eso. Sé que la gula me ha deformado el cuerpo, que ahora soy un gordo asqueroso, como tú me llamas. Pero no he podido dejarla, por eso es un vicio, si pudiera abandonarlo no lo sería.

Aprovecharé este vicio para mis fines, y te pido perdón desde este instante, pero no lo puedo evitar. Cuando llegues y veas esta carta sobre la chimenea tendrás deseos de abrirla, pensarás que es una nueva misiva de amor como las muchas que te he enviado. Ya veo tu sonrisa. Esa sonrisa por la que yo haría cualquier cosa. Pero no la podrás leer. En ese momento dispararé la pistola. Recuerda que soy un buen tirador. Tu cuerpo caerá

frente a la mesa donde coloqué dos copas llenas de champaña para brindar. Sé que a ti esos detalles te vuelven loca.

Y ahora a lo mío. A comer. Empezaré con tus finos dedos. Claro que quitaré el anillo de brillante que te regalé cuando cumplimos nuestros diez años de matrimonio. Se lo daré a nuestra hija, le va a gustar. Seguiré con tus torneados brazos que aun conservas firmes. Me imagino que serán muy sabrosos con eso de que la mejor carne es la pegada al hueso. Y tú estás flaca, delgada dices tú. Por algo nos conocían como el número 10, tú el uno, yo el cero, por gordo. Mal chiste, lo reconozco. Ahora a comer tus pequeños senos. Los tacos de ubre son sabrosos. Tus costillas las haré en salsa verde, esa que tanto me gusta. Tu pierna la cocinaré al horno, es como mejor sale. Juro ponerle mucho ajo como a ti te gusta. Tus nalguitas redondas no me van a durar mucho pues les tengo muchas ganas, van a salir deliciosas con verdolagas. Las tripas y todo lo demás del vientre no me gusta, se las daré cocinadas a nuestros perros que tú tanto amas y que yo tanto detesto. Para que tengan un buen recuerdo tuyo. Tus sesos, escasos, los haré en quesadillas. A Rubén, nuestro hijo, tu preferido, le guardaré un poco de ellas pues siempre que salimos pide quesadillas de sesos y qué mejor que los de su madre que nunca se contaminaron con ideas o pensamientos. Sesos estériles. ¿Cuál pieza piensas que dejaré para el último, casi como postre? La mejor de ti. Tu corazón. Sé que al comérmelo me comeré a mi mismo que tanto tiempo he estado ahí, también me comeré a mis hijos. Tu corazón deber ser el platillo con mayor sabor de todos pues lo fuiste enriqueciendo año tras año. Ya hasta se me hace agua la boca.

Es posible, pero no seguro, que después de comer me una a ti. Ya tengo la pistola con la otra bala que le coloqué. Lo único que puede impedir este deseado final es que me hagas daño, que al comerte me des nauseas y tenga que ir al baño a vomitar. Imposible en ese caso tomar la

pistola. Estáte tranquila, sé que eso no va a suceder. Tú me has gustado siempre y mi deseo sexual ahora se transformó en un apetito voraz.

Te amo.

Tomás Urtusástegui

Abril 2006